

Elsa Noya. *Leer la patria : Estudios y reflexiones sobre escrituras puertorriqueñas*. Córdoba, Argentina: Alción Editora; 2004

El conjunto de ensayos reflexivos que la crítica y profesora argentina Elsa Noya reúne en el libro *Leer la patria: Estudios y reflexiones sobre escrituras puertorriqueñas* se divide en dos partes: la primera, “De cánones y disrupciones”; la segunda, “De negaciones y controversias”. En ambas partes, recordadas, a su vez, por ensayos breves e intensos, y por un periplo de catorce años, se examina un corpus diverso de textos y debates de nuestra literatura. Ambas partes rubrican, también, un doble gesto. Por un lado, la puesta en escena de lo que Noya llama el discurso polémico, aquél cuya imprompta es la productividad discursiva de un evento, en este caso la potencia conflictiva del concepto y de la práctica de la nacionalidad en el campo amplio y complejo de nuestra intelectualidad. Por otro lado, el momento de su reflexión personal y de las marcas de su propia escritura: una lectura reciente, la asistencia a un seminario profesional, el intercambio entre colegas y, sobre todo, el encuentro, que adivino propiciado, de los marcos teóricos que acompañan y van modificando su reflexión. La voluntad de verdad deviene, entonces, en su libro, en voluntad de saber y en deseo por la escritura, un “apenas”, no como falsedad ni impostura, sino, como afirma la ensayista en sus últimas páginas “... apenas un espejo empañado de sí misma; apenas opinión, apenas creencia, apenas verosímil, apenas multiplicidad, apenas devenir, conocimiento defectivo, imperfecto, sin verificación posible” (p. 139).

Es desde esa postura del apenas, del entrevisto, de la conjetura que, sin perderle la pista a su objeto, se resiste a asignarle bordes ni localidades precisas, que este libro invita a su lector, cualquiera de nosotros, acaso, a abordarlo. La primera clave, como es bien sabido, está en el título: *Leer la patria, Estudios y reflexiones sobre escrituras puertorriqueñas*. El ensayo *Integración y rotura. La memoria rota de Arcadio Díaz Quiñones*, le permite a Noya postular la patria, no como sutura o la pasividad de una grieta que puede colmarse con un discurso de identidad que la arroje sin revelar sus costuras, sino como ruptura, resistente tanto al remiendo o a la saya encubridora; esto es, como signo incómodo y desestabilizador, incitador de pasarelas que le revelen su vocación de mudar de rostros y de ropajes, de abrir y renovar su armario y de descubrir, seleccionar, e incluso combinar, el zapato de tacón que se guarda en su caja —la verídica historia de nuestros letrados— como la chanclería de la cultura popular y la maleta a medias de la inmigración —relatos transeúntes y volátiles del no lugar. Por ello, insiste Noya, se trata de leer la patria como actividad siempre renovada, cargada de la subjetividad y de la tensión irresuelta, tanto del objeto como del sujeto que ejerce la lectura. Por ello, a la singularidad del concepto patria, que parece querer evocar lo uno, le sigue el subtítulo *Estudios*

y reflexiones sobre escrituras puertorriqueñas, como pluralidad que acosa lo identitario y sedimentado, y que devuelve una o varias patrias, transitivas y empeñadas, en sus engañosas especularidades y no menos seductoras luminosidades.

Se trata, insiste la ensayista, de poner sobre el escenario diversas escenas de las escrituras puertorriqueñas: rasgados de papel sobre papel, tinta sobre tinta, palabras sobre palabras. Leer, escribir la patria es, por lo tanto, el trazado insistente de un palimpsesto que han organizado las letras y los debates culturales de este país; un campo minado de apertrechos y borramientos, de memorias y olvidos. Si ese palimpsesto y las disputas sobre sus contenidos de verdad o de representación legítima, es la trama de nuestras letras, pienso, entonces, que no menos es la de la lectura que Elsa Noya hace de la misma. En efecto, qué sucede cuando esa lectura, la letra añadida que su letra incorpora a nuestra crítica, se hace desde un afuera. Rastreo esta segunda clave en su libro. En el ensayo que cierra la primera parte *De narraciones y oscuridades. Narraciones y diferencias*, y a propósito de la novela de Mayra Montero, *Tú, la oscuridad*, Elsa Noya remite al trabajo indispensable de Walter Benjamin, *La teoría del traductor*: "...no traducción en tanto copia literal de un modelo previo, lo que sería en palabras de Benjamin "convertir en alemán lo griego", sino "dar forma griega a lo alemán" (p. 74). Es decir, pensar la traducción de una cultura como él pensó la de la lengua, culturalmente, y en sus términos: "como el hallazgo de una *forma* cuya *ley* está contenida en el modelo de origen, una *forma* que permita encontrar en la lengua de la cultura a la que se traduce una actitud capaz de suscitar un eco de ese modelo de origen".

No es gratuito, sospecho, que sea este ensayo sobre la escritora cubana, Mayra Montero, quien opone en su novela la voluntad de verdad del científico norteamericano a la oscura refracción, a la empañada y rugosa superficie que ofrece la cultura ritual y oral haitiana al ojo occidental, la bisagra entre la primera y la segunda parte del libro de Noya, la contigüidad que anuda aquello que hasta ahora he propuesto como los dispositivos de su trama: el debate polémico como zona de confluencia y batalla, la patria como campo simbólico sujeto a lecturas, la reflexión y la escritura crítica como gesto propio, la memoria cultural como palimpsesto de escrituras performativas y la mirada cuyo aparente afuera, como el de la argentina Elsa Noya, no dista de la del traductor: un diferimiento cuya forma, estilización o palabra propia, cuyo eco, no abandona la ley de su modelo de origen. Es más, celebra la fuerza de esa ley al reterritorializarla en el mapa siempre cambiante de las letras latinoamericanas, un ejercicio que atraviesa esta colección. Quizás, entonces, la pertenencia y la pertinencia no sea, como apuntaba Edward Said, asunto de sangre, sino de afectos y afiliaciones voluntarias, un goce muy privado que comparte Elsa Noya con nosotros al brindarnos este libro.

Dada las coordenadas de la trama que anuda estos 13 ensayos me gustaría apuntalar brevemente las imágenes que pienso organizan ambas partes de su

libro como posibles rutas de lectura del mismo. La primera, *De` cánones y disrupciones*, convoca las disputas sobre la poesía negrista de Luis Palés Matos, las peregrinaciones y el sueño de modernidad de Eugenio María Hostos, el abigarramiento de lo popular en los simulacros del habla de *La importancia de llamarse Daniel Santos* de Luis Rafael Sánchez, la parodia como negatividad productiva en *Encancaranublado y otros cuentos de naufragio* de Ana Lydia Vega y en *Papo Impala está quitao* de Juan Antonio Ramos, la diferencia sexual de los textos de Manuel Ramos Otero como apropiación desestabilizadora del canon, los relatos de la guerras políticas, morales y sociales, y su violencia ya sea en los campos de batalla de Norberto Fuentes en *Condenados de Condado* o en los cuerpos y voluntades secuestrados por la droga en *Que sabe a paraíso* de Luis Rafael Sánchez, *Papo Impala está quitao* y *Cráneo de una noche de verano* de Ana Lydia Vega y, por último, en la resistencia a la lectura del método que ofrece toda cultura, llevado a su situación límite en *Tú, la oscuridad* de Mayra Montero. Pienso que estas lecturas, además de lo anunciado en el subtítulo, cánones y disrupciones, comparten dos imágenes muy poderosas: el cuerpo y la errancia. Ese es el caso del cuerpo de los combatientes de la guerra como de la droga: "...cuerpo en pedazos, en partes o completos, cuerpo atravesado por la mirada focalizadora del narrador. Y entero o roto, siempre lastimado y con dolor" (p. 68). También, como los cuerpos enfermos o sidosos, de Virgilio Piñera y Ramos Otero, la lengua y los lenguajes literarios son también cuerpos tajeados, atravesados por sus múltiples inflexiones, adoloridos y otras veces gozosos, indescifrables para el que no posea la clave como en la poesía negrista, el habla lumpenizada o el habla popular del bolero o el creole e incluso del habla letrada y sus dialectos y sectas secretas. La cultura es también ese cuerpo abierto y supurante como lo son sus productos, sus acentos, sus promesas. Cuerpo, habla y cultura son también practicantes de la errancia: del país natal al otro, del campo a la ciudad, de los círculos letrados al ejercicio solitario, de una lengua a otra como en los textos sobre Palés, Hostos y Ramos Otero.

Ese cuerpo que se dispone e indispone, que se traslada de un lugar, de un estado, y de un sentido a otro, deja su eco en la segunda parte de esta colección *De negaciones y controversias*. La apertura, la traslación, opera ahora como ejercicio de traducción. En efecto, pienso que es ese el hilo conductor en la lectura que Elsa Noya hace de la batalla de las interpretaciones que suscita *La memoria rota* de Arcadio Díaz Quiñones, de las posturas críticas ante la incursión al mercado latino de *The House on the Lagoon* de Rosario Ferré, de los ensayos de Luz Rodríguez Carranza sobre la transculturación lingüística en Puerto Rico, de las polémicas de fin de siglo vinculados a los planteamientos tardomodernos que ejemplifica el ensayo de Carlos Pabón "De Albizu a Madonna" y su reacción ante la historiografía y la literatura de los ochenta, y recogida, además, en las revistas *Bordes*, *Nómada* y *Posdata*. Si Elsa Noya traduce para sí, para su propia cultura y para la nuestra, su lectura de las

escrituras puertorriqueñas, estos ensayos son, a su vez, lecturas que mediatizan la suya, que traducen previamente la ley del modelo de origen, ampliando el periplo de su errancia.

Una última imagen que recorre todo el libro. Una escritura, una letra, una mirada que atraviesa la de autora de estas letras. Como ella se trata de otro argentino que amó también estas tierras: la de Noé Jitrik. Sobre él escribe Noya:

En un seminario reciente sobre escritura, Noé Jitrik pensaba la escritura en el orden de lo prelingüístico y haciendo parte de la circularidad de una formación imaginaria; el gesto circular de su mano al decirlo, paralelo y por delante del eje algo inclinado de su cuerpo, al tiempo que la respiración acompañaba idea y gesto, me suscitó la imagen de la escritura formando parte no sólo de lo corpóreo del sujeto, sino de su hálito vital, de su ánima, de su *psijé*. La que lo constituye y fluye en él hasta el instante en que se la exhala definitivamente. En ese momento, el espejo sobre la boca del agonista derrotado quiere comprobar la ausencia de su huella como huella de su partida. (113)

El empañado sobre el espejo de una cultura es la huella del hálito vital de aquel que, visitándola, la ha hecho suya enrareciendo su ánima con la suya. Elsa Noya nos devuelve textos y reflexiones de nuestra literatura contagiados ya del gesto de su propia reescritura.

Malena Rodríguez Castro
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras